

# LA VIOLETA,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

## SUMARIO.

A nuestros lectores.—En los días del tierno príncipe de Asturias Alfonso XII.—Una pobre niña y la Caridad cristiana.—La Roca de las dos hermanas, leyenda, por Henri Nevire.—Revista de la semana. Album de *La Violeta*.—Modas: Correo de señoritas.—Explicación del figurín.

## Á NUESTROS LECTORES.

Muchos son los periódicos de diversas índoles que hoy brillan, pasan y mueren, sin dejar ni una sola huella de su vida efímera y transitoria.

Granos de polvo, irradiados algunos instantes por el sol de la novedad, que aparecen como estrellas y caen instantáneamente para volver á confundirse entre el polvo, que el viajero huella con su planta.

El secreto de su existencia fugáz, es, á nuestro pobre entender, porque no se hallan en armonía con la época que cruzamos.

En esta época, en que tantas y tan grandes cosas ha llevado á cabo el hombre; en esta época, que, cual otro Proteo, ha osado escalar el cielo para robar del Sagrario Divino una chispa del eterno fuego; en esta época, en que se agitan mil ideas grandes y sublimes, mil luminosas ideas que tienen por móvil regenerar moral y físicamente el universo; en esta época, en que convertida la tierra en un campo de batalla, se disputan encarnizadamente su imperio, por un lado el *yo* calcula-

dor y egoísta, por otro la generosa abnegación, que pretende convertir los hombres en hermanos, y cuya bella divisa es: *todos para todos*; en esta época, decimos, precursora de bellas y nobles transformaciones, solo pueden obtener una mirada de indiferencia y desdeñan esas empresas puramente literarias, que ni están á la altura de sus miras, ni saben hablar en su lenguaje.

Cuando un hombre se halla vivamente agitado por una pasión cualquiera, no oye, no vé, no comprende más que aquello que hace vibrar la fibra de su alma, que se encuentra conmovida.

Esas publicaciones, que no están en relación con los graves intereses que nos preocupan, que solo nos hablan de flores y sonrisas, duran lo que duran ellas: ¡un instante!

Aunque el vendabal se lleve una por una las frágiles Lojas de la violeta, sobrevive su perfume, que embalsama por largo tiempo la campiña.

Si hemos de morir mañana arrebatados por la tormenta, pretendemos que nos sobrevivan los beneficios útiles y morales que las páginas de nuestro periódico habrán ofrecido á sus lectores.

Hé aquí por qué, como dijimos en el prospecto, hemos adoptado ese título, emblema de nuestra humildad; símbolo de las nobles aspiraciones que nos impulsan á publicarlo.

Pretendemos que en él, todas las edades, todos los sexos, encuentren un



grato soláz, al par que una sólida instrucción. Por lo tanto, contendrá cuentos morales y sábios consejos para los niños, esos bellos ángeles, que mañana están llamados á solventar los oscuros problemas que nos agitan; artículos de modas, de labores, de educación y de moral para las jóvenes y las madres de familia; revistas de teatros, viajes, descubrimientos científicos; artículos de costumbres, de historia y de amenidad, para que el anciano encanecido en el estudio olvide por un instante sus voluminosos infólios, y distraiga su fatigada mente con relaciones ligeras y agradables. En una palabra, nuestro anhelo es concertar de tal modo lo útil y lo ameno, que forme una misma cosa; y así, en las escogidas novelas que iremos sucesivamente publicando, daremos siempre la preferencia á aquellas en las cuales las galas del lenguaje envuelvan un fin moral, y ofrezcan tipos nobles y generosos que puedan servir de ejemplo y norte á las jóvenes almas que devoren sus elocuentes páginas.

Nada de análisis sociales, que disecan y empequeñecen el espíritu: nada de ofrecer á sus ojos los raquíticos cuadros realistas, que buscan con afán los innovadores en nuestra época transitoria. En el seno de nuestra sociedad actual se está operando el milagro de una regeneración trabajosa: de su seno fecundo está próximo á brotar el progreso, que estenderá sus bienhechoras alas sobre los hijos de nuestros hijos; y la sociedad experimenta ese forzoso malestar que sobrecoje á la naturaleza cuando está engendrando uno de sus prodigios.

No tomemos, pues, por tipo lo que está destinado á vivir tan solo un día; y supuesto que el progreso es el ideal de lo bello y lo infinito, busquémosle de antemano al través de ese cielo azul donde reside.

Hoy que la novela, en nuestro sen-

tir, despojándose ya de sus pueriles atributos, es el libro destinado á esparcir la luz moral por todos los ámbitos de la tierra, hagámos vibrar con ella las fibras generosas del corazón, para que el hombre no desampare el áncora del bien, que le conduzca por medio de las olas irritadas al seguro puerto.

Induzcámosle á que imite al águila, la cual, durante la tormenta, aparta sus miradas de los campos cenagosos para fijarlos en el sitio en donde debe aparecer el sol, precursor de la bonanza.

Hé aquí cuál será la índole, la tendencia de nuestras novelas: no un libro de puro recreo, que se arroja con desden despues de haberlo leído, sino un libro que conservaremos cuidadosamente en nuestra biblioteca; como que habrá determinado nuestras confusas ideas, y habrá saturado nuestro espíritu con suaves consuelos y hermosas esperanzas.

Muy débiles serian nuestras fuerzas para llevar á cabo tamaña empresa, si no contáramos con el auxilio de los ilustres escritores que honran á nuestra patria; pero aun así, ¿podremos salir airoso del empeño? Nuestro corazón rebosa de fé. ¿Y no es la fé la que transforma en un semidios al hombre?

La moral y la religion, que hoy vagan con incierto paso sobre la tierra, han buscado un refugio en el corazón de la mujer: la mujer es la que está hoy llamada á agitar su bandera sacrosanta; y por esto, ante todo, invitamos á las distinguidas escritoras españolas, para que nos honren con sus inspiraciones, llenas de fé, de unción y de entusiasmo.

No dudamos ni un solo instante de que todas responderán á nuestro llamamiento; y sus nombres, la mayor parte ya ilustres, serán un timbre de gloria para nuestro semanario, y una



garantía para el público, que ya conoce y admira las brillantes flores de su ingenio.

**Las Redactoras.**

**EN LOS DIAS**

DEL TIERNO PRINCIPE DE ASTURIAS

**ALFONSO XII.**

¡Niño, bendito seas!...

¡Angel del alma!...

¡Orgullo de tu madre!...

¡Gloria de España!..

Eres hechizo

del pueblo que te adora,  
precioso niño.

¡Goza, alma mia, goza,  
y de tu Madre  
escucha los consejos  
puros y amantes!...  
¡Que ella es tan buena,  
como el ángel del sueño  
que al hombre vela!

A la vez Reina y Madre,  
sabe con creces  
endulzar la amargura  
del que padece.  
Y al mismo tiempo  
á su familia adora  
con amor tierno.

¡Dulce y precioso niño,  
hoy son tus dias!...  
Yo no tengo que darte,  
toma mi vida.

Si es de tu agrado.  
mi corazon sincero  
tambien te mando.

Otros te darán joyas  
que valgan mucho;  
tú les darás blasones,  
timbres y escudos.  
Yo á nada aspiro.  
Solo á darte los dias  
vengo, mi niño.

Yo no tengo más bienes  
que son mis cantos,

una lira cristiana  
y un pecho honrado.  
Son mis riquezas,  
las flores que nos brinda  
naturaleza.

Y es mi encanto y mi dicha,  
mi solo anhelo,  
cantar los nobles séres  
que hay en mi suelo.  
Y de tu Madre  
ensalzar las acciones  
buenas y grandes.

Si tú su senda sigues  
tendré mis goces,  
en cantar tus hazañas  
Alfonso doce.  
Veré orgullosa,  
que á tus antecesores  
ganas en gloria.

Ya has visto mi Granada,  
niño hechicero,  
y los régios sepulcros  
de tus abuelos.  
Y habrás oído,  
que fué Isabel Primera  
del pueblo ídolo.

Pues aun más, niño mio,  
el pueblo ama  
el nombre de tu Madre,  
¡Madre del alma!!  
Y á tí te quiere,  
como el guerrero el nombre  
de sus laureles.

España es grande y noble,  
tú bien lo sabes,  
que son aquí los pechos,  
pechos leales.  
Del reino entero  
se alzan, Alfonso doce,  
firmes guerreros.

Y poetisas que ensalcen  
de tu reinado,  
en entusiastas trovas  
los adelantos.  
Sé, tierno Alfonso,



como tu buena Madre,  
del triste apoyo.

ROGELIA LEON.

Almería, 27 noviembre, 1862.

## UNA POBRE NIÑA

### Y LA CARIDAD CRISTIANA.

#### I.

Hacía un frío horroroso; pero era uno de los días festivos en que goza el opulento, y el pobre se interpone entre sus goces, alargando la descarnada mano, para implorar su misericordia.

Una pequeña niña, acurrucada en una esquina, veía pasar los opulentos carruajes, que se cruzaban en todas direcciones, llevando la grandeza de España, vestida con todas las insulas de la riqueza y el poder.

Madrid estaba aquel día digno del nombre que lleva de Corte de España.

Hermosas damas lucían por entre claros cristales, lujosos adornos y ricas pieles, y algún afortunado perrito americano, asomaba su inteligente cabeza, en brazos de una hermosa que le acariciaba, acaso mientras dejaba el cuidado de arrullar á sus hijos á la servidumbre de su opulenta casa.

El pueblo también gritaba gozoso, lanzándose por las calles, dando vivas entusiastas. Lujosas colgaduras adornaban los balcones, y las campanas, los cohetes y las músicas, formaban un ruido que hacía latir de entusiasmo el corazón.

Las tropas se formaban en los parajes públicos, y los grupos de paisanos enarbolando banderas españolas, se confundían con ellas, siendo unánimes y fraternales sus voces y alegría.

Nunca se había visto más unidad de sentimientos, ni más alborozo en la coronada villa. Aquello parecía un delirio, una animación superior al entusiasmo humano.

La niña miraba todo esto, con la indiferencia que miramos nosotros los cristales de un cosmorama. Aunque estaba en la edad de las alegrías, su corazón había envejecido en la desgracia.

Sus ojos, humildes y hermosos, se fijaban en aquel esplendor y fausto y en aquella confusión de clases, de gozo y placer, sin que punzase su corazón la ambición, ni la envidia. Ella solo necesitaba algunas monedas para llevar á su enferma madre un pedazo de pan, con el cual se consideraba tan feliz como la primera de aquellas hermosas señoras que cómodamente paseaban, llevando un caudal en sus joyas y vestidos.

La niña tiritaba, su pobre ropilla era la misma que la había servido durante el verano, y ni una sola prenda había podido añadir á ella, que la preservase de los rigores del invierno.

Cruzaba los brazos y oprimiendo el seno é hincando la barba entre las rodillas, encontraba consuelo en los dolores agudos que produce el frío.

Y esta niña veía el terciopelo y las pieles, y los muelles y algodoados carruajes, y no dijo una vez siquiera:—¡Dios mío!... ¿qué mundo es este? ¿por qué tanto infortunio en paralelo con tanta grandeza?—La niña no dijo esto, ni la ocurrió siquiera pensar que si ella hubiera nacido hija de una de aquellas grandes señoras, llevaría lindos abrigos de satén, gracioso sombrerito de castor, y sus yertas manecitas estarían abrigadas con un manguito de piel.

Nada de esto pensó. Ella estaba orgullosa de la madre que tenía, y no la hubiera cambiado por todas las duquesas del mundo; porque los pobres quieren á sus madres, como los ricos pueden querer á las suyas, ó aun más quizá, porque los amamantan ellas mismas, los acarician de continuo, y como sus habitaciones son reducidas, los tienen constantemente jugueteando á sus pies, ó recostados en su falda.

Y luego más tarde, se contentan con enseñarle algún arte, al uso español, y no teniendo que mandarles para aprender al extranjero, nunca los pierden de vista, y el hijo que así se cria es un pedazo del cuerpo de los padres, á quien sería ya imposible apartar por nada del mundo, de aquel cariño entrañable y santo.

La niña solo pensaba en que su madre estaba enferma, y tenía hambre, y ni una sola idea de envidia ó emulación cruzó por su infantil cabeza.

Porque la niña era cristiana, y los cristianos no desean lo ajeno, ni aborrecen á los ricos. Solo le piden á Dios que entenezca sus almas, para que protejan y socorran á los pobres.

Los carruajes pasaban y pasaban, y pasaban las gentes, y ella no reunía lo que necesitaba para amparar á su querida madre, que la estaría aguardando, llena de lágrimas, inquietud y frío. ¡Cuesta tanto para un pobre la lumbre y el pan! ¡Lloran tanto cuando no asoma el sol para reanimar sus cuerpos!...

La niña miraba al cielo y decía oraciones, y lloraba, y rezaba fervorosamente.

Con la mayor resignación, se decidió á pasar lo restante del día en aquel sitio, para ver si era más afortunada que en las horas anteriores; pero un frío horroroso, un aire del despiadado Guadarrama, vino á helar sus desalbrados miembros, y por más que se arrin-



conaba á la pared, más sentía traspasar su pecho aquel iracundo vendabal.

Sus largos cabellos, preciosos y rubios, cubrían casi su rostro, y ella los sujetaba á la barba en forma de pañuelo, para abrigar sus heladas mejillas.

Su voz se iba haciendo casi imperceptible y balbuciente, y sus dientes chocaban y sus ojos se hundían, sin que se hubiese decidido aún á levantarse y marchar de aquel sitio, donde iba á quedarse helada sin remedio.

—¡Toma, pobre niña!—le dijo un muchacho, y partió con ella un moreno pedazo de pan de Castilla que llevaba en el bolsillo.

La niña apenas tuvo aliento para alargar la mano y decir:—Dios te lo pague.

¡Pobrecita! Tenía tanta hambre como frío, y sin embargo, ni una migaja se atrevió á comer de aquel pedazo de pan, que podía servir á su madre.

El frío se iba haciendo más intenso, cuando vio venir á lo largo de la calle un sacerdote, que, según el juicio de la niña, se parecía á un San José que su madre tenía en una estampa.

El instinto y la fe reanimaron entonces á la infeliz, é incorporándose un poco, dirigió al sacerdote varias frases para que la socorriera.

Este, entonces, alzó los ojos, y fijándolos en aquella criatura angelical, la dijo con dulzura:—¿Dónde vives, desgraciada niña?—¡Oh! ¡La bohardilla donde nos tienen por caridad, está muy lejos!...—¡Bien; dime dónde!—La niña empezó á designar torpemente las señas de su casa, y el sacerdote dijo, sacando un lápiz y anotándolas en su libro de memorias:—No perteneces á mi parroquia; pero no importa: di á tu madre que mañana irán á visitarla las señoras de una piadosa asociación, y socorrerán sus males. ¡Toma, hija mía! Toma esas monedas y vete á tu casa, infeliz!... ¡Estás medio muerta!—Y la ayudó á levantar, y la puso en marcha.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

## LA ROCA DE LAS DOS HERMANAS.

LEYENDA POR HENRI NEVIRE.

Todo el que por primera vez visite la selva de Fontainebleau, no podrá menos de detenerse maravillado ante el grandioso panorama que se presenta á sus ojos en el sitio llamado *Valle de la Sole*. ¡Oh, ciertamente! No parece sino que la espléndida naturaleza se ha complacido en prodigar en aquel sitio todas las maravillas de una vegetación lozana y rica, que á tan corta distancia de París, presenta al absorto viajero

una muestra anticipada de las bellezas de los Alpes, y ese carácter de imponente severidad, que no se vé comunmente sino en los países montañosos, como Suiza, el Tirol, ó en las escabrosas gargantas de los Pirineos.

Figúrense nuestros lectores, á los flancos de un inmenso círculo de colinas, un hacinamiento de rocas arrojadas por el diluvio ó por alguna otra poderosa convulsión de la naturaleza; cubriendo estas últimas rocas, espesos matorrales, numerosos grupos de pinos, de balsámicos abetos, de verdes acebos, de aromáticos enebros y de robustas encinas. A un extremo de esta especie de larga línea ovalada, aparece en aquella cadena de colinas una alta cortadura, dejando percibir un horizonte de veinte leguas, que terminan en dos líneas azuladas, las que van á confundirse con el azul del cielo. Tal es, á vista de pájaro, el aspecto general del *Valle de la Sole*.

Serian necesarias cien páginas para describir suficientemente los detalles de este vasto conjunto desde la fuente *Sanguinède*, por donde corren las aguas amarillas como el oro líquido de una fuente ferruginosa, hasta la Roca de las Dos Hermanas.

En esta, que forma la parte más elevada, dominando todo el Valle, se encuentra una gruta estrecha y larga, de la estension de un kilómetro, que serpentea como una galería de mina, penetrando á una gran profundidad. Esta caverna tendría probablemente en otro tiempo una segunda abertura que diera salida al Valle; pero estaba cerrada desde tiempo inmemorial, sea por accidente, sea por la mano de los hombres; lo cierto es que no ha podido encontrarse.

La roca debe su nombre á una historia, llena de interesantes episodios y de un color singularmente dramático, cuyos verídicos hechos ocurrieron en el cuarto siglo de la era cristiana, época memorable por los acontecimientos que promovió la sociedad antigua para establecer la base de nuestras sociedades modernas.

La Gália estaba entonces subyugada bajo la dominación romana; y estos conquistadores del mundo, señores hacía tres siglos del país de nuestros abuelos, no les quedaba más que vencer un solo obstáculo, que permanecía invencible en el fondo de los bosques, su último é impenetrable refugio: la religión nacional de los galos, el druidismo, culto sanguinario, que inmolaba á sus dioses víctimas humanas.

La religión cristiana había echado ya por todas partes profundas raíces en la Gália, y todos los días nuevos prosélitos aumentaban el número de estos sectarios, como se llamaban entonces, destinados á regenerar la sangre gala y la romana, y fundar nuestra Francia.

El paganismo romano perseguía con el mismo rigor al naciente cristianismo que al antiguo druidismo galo. El druidismo, última protesta



del partido nacional, era naturalmente sospechoso á estos recelosos conquistadores; y en cuanto al cristianismo, le perseguían con razón como un peligro para lo futuro.

En este tiempo vivía en Moretum, pequeña aldea de la Gália, situada dos leguas próximamente del sitio que hoy ocupa Fontainebleau, un infeliz aldeano llamado Danno, padre de dos encantadoras niñas, que contaban, la una siete años, y la otra diez. Esta se llamaba Domicia: era morena, robusta, esbelta, tez fina, si bien un poco tostada por el sol y el aire del campo. Su actitud revelaba salud, fuerza, confianza y algún tanto de esa fiera salvaje, que se ha conservado hasta nuestros días en algunas tribus de la América del Norte.

Valéria, la más joven, al contrario; era rubia como la espiga en el mes de agosto; blanca y rosada como una concha de nácar; delicada y tímida como un cervatillo. De naturaleza esencialmente débil é impresionable, formaba con su hermana el más gracioso contraste.

Su padre era muy pobre; y ellas, por un corto estipendio, guardaban los rebaños de ricos labradores de París.

Más tarde, y en este mismo sitio, la patrona de París, Santa Genoveva, fué pastora antes de ser santa, y de hacer retroceder aquel que se titulaba el azote de Dios.

Con motivo de conducir á pacer sus rebaños, Domicia y Valéria tenían continuamente ocasión de atravesar el *Valle de la Sole*, y percibían de lejos esta famosa roca, por donde se entraba á la caverna, y en la que, según la voz general repetida por el país, se reunían los druidas para cumplir los misterios del antiguo culto céltico.

Su imaginación infantil, aterrada por todo lo que ellas habían oído durante las largas veladas de invierno con relación á los terribles misterios de estas sangrientas ceremonias, hacíalas mantenerse alarmadas mientras pasaban por la entrada de la gruta; y el terror supersticioso que el druidismo inspiraba generalmente, las impedía, por más que era su ardiente deseo, atisbar solo por curiosidad, sorprendiendo los secretos ocultos con tanto cuidado en el seno de la tierra.

(Traducción libre del francés.)

(Se concluirá.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## REVISTA DE LA SEMANA.

### Album de LA VIOLETA.

Vamos á entablar un amistoso conocimiento, hermosas lectoras, y al decir hermosas no debo

pecar, porque me figuro que deben serlo todas las lectoras de LA VIOLETA.

Será puramente una fantasmagoría de la imaginación, pero ya sabéis que el revistero y el poeta viven siempre en la esfera de las fantasmagorías.

Decía Carlos II que para un buen cristiano no hacía nunca demasiado frío el día de Jueves Santo, ni demasiado calor el día del Corpus: yo, parodiando esto, añado, que para un mediano poeta nunca es fea la mujer que lee.

Y es que me parece que toda mujer que lee, se sublima algo más que la que permanece á oscuras; es que la mujer que se ilustra se me figura más bella sensitiva; es que yo la idealizo en mi mente y la enriquezco de más caudal de sentimientos; casi descubro en sus homoplatos alas azules que la remontan al cielo.

Y así debe ser.

Figúraseme que la instrucción es á la mujer lo que al diamante el lapidario.

Figúraseme que cuando se ilustra se despierta en su alma una nueva vida.

Figúraseme que es más buena cuanto más perfecciona su inteligencia.

Quisiera hablaros en vuestro idioma, hermosas lectoras, en vuestro idioma, que es el del alma: en ese idioma armonioso que usáis vosotros cerca de la cuna del hombre, cuando su corazón de niño se estremece de júbilo con vuestros cánticos, á la manera que se estremecerían las cuerdas de un arpa, heridas por las alas de un ángel invisible.

Por desgracia el revistero no puede hablaros con esa armoniosa poesía.

¿Sabéis vosotras bien lo espinoso que es el cargo de un revistero?

No creáis que esta pregunta lacrimosa la hago con la frialdad de un viejo diplomático, diestro en componer jeremiadas.

No: hago esa pregunta porque es de fórmula, porque todos lo hacen cuando se comprometen á escribir la revista de un periódico.

Es un viejo papel que desempeñan por obligación todos los actores jóvenes que se lanzan al gran campo de la gaceta.

Y aquí me tenéis ya dispuesto á confiaros mi programa.

Un programa que debo cumplir aunque me produzca la *fashion* más encantadora.

Un programa monótono para el que se necesita una *vis cómica* indefinible, una inventiva edificante.

Tengo que daros cuenta por septenas de lo que ocurre en este vasto paraíso, en este *orcus* inmenso donde se agitan tantos liliputienses inverosímiles.

Como otro Dante, necesito profundizar este infierno viviente, para exhibir en un lienzo mis terribles visiones.



Solo que yo lo haré en prosa.

En prosa vulgar y afrancesada como es costumbre.

Y no puede ser de otro modo.

Para engastar en sonoras ritmas las monstruosidades de este gran drama que se llama la vida social, me hacia falta ser inspirado por la Laura del poeta florentino ó por la Beatriz del poeta veneciano.

Desgraciadamente no tengo una Laura ni una Beatriz.

En mi casa no hay más que un viejo lienzo que representa una copia de las meninas de Velazquez, y una pobre señora que me asiste, y que debió nacer en tiempo de la guerra de la Independencia.

Tengo, pues, que escribir en prosa.

Además, los asuntos de una revista son exclusivamente para la prosa por su índole particular.

Mi programa queda condensado en el siguiente *tutti*.

Revistas locales, con permiso del municipio.

Efemérides astronómicas, teniendo el termómetro á la vista para graduar la temperatura que nos conviene despues del almuerzo.

Crónica de la Puerta del Sol, donde se empiezan á dar espectáculos gratis en la acera del ministerio los dias de lluvia.

Viajes alrededor de la Castellana los dias de sol.

Viajes alrededor del café las noches de nubes.

Cuadros de costumbres sociales, tomados á vista de pájaro.

Cuadros de vecindad.

Cotización de las crinolinas, segun el espíritu de la moda reinante.

Crónica de teatros con sus ribetes de crítica, si los autores y actores nos ofrecen algo bueno y algo nuevo despues de esta temporada de crisis.

Tales son, en resumen, las materias que nos proponemos tratar, si las lectoras de LA VIOLETA nos escuchan con benevolencia.

Porque de no ser así, colgaríamos la péñola sin escrúpulos.

Y aquí teneis concluida por hoy, bellas lectoras, la tarea que me he impuesto.

Direis que, á manera de las cigarras, os he regalado una vieja cancion; pero yo me doy por satisfecho, porque así nos hemos reconocido.

Fáltame espacio para hablaros de las novedades de la semana, y en el número próximo os haré un breve resumen.

Hoy por hoy, tengo por conveniente decir: *mutis*, por la sola razon de que los cajistas me esperan para cerrar la plana.

Procedo á mi despedida con todo el rendi-

miento de un bardo de los tiempos caballerescos, no dudando que vuestra indulgencia para conmigo será digna de vuestra exquisita amabilidad.

Contando con ella, no dudo que LA VIOLETA se abrirá paso á través de las grandes barreras sociales, porque aunque flor modesta que brota siempre á la sombra de las frondas, bien sabeis que un solo rayo de sol la convierte en reina del abril galano, y que en su riente primavera difunde por todas partes una vitalidad seductora.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## MODAS.

### Correo de señoritas.

La moda, verdadera reina de la hermosura, se presenta este año con un séquito admirable de confecciones de invierno, interpoladas con elegantes trajes de sociedad, tan necesarios cuando el frio empieza á dejarse sentir, y por consiguiente reune en las capitales á las bellas, esparcidas durante el estío á saborear los placeres del campo. Con la imaginacion llena de mil ideas recopiladas en los diarios parisienses, vengo satisfecha, mis amables lectoras, á desplegar ante vuestra vista todo aquello que pueda ayudar á embelleceros, quedando plenamente complacida si logro agradaros.

Hablemos de vestidos. Nada de volantes, pues de cuantos trajes se presentan hasta de ahora, no hay uno solo que tenga este adorno, que parece enteramente proscrito por los caprichos de la moda.

El *soutaché* ó trencilla, el bordado con cordoncillo de seda, ó la *pasemanterie*, son los únicos adornos admitidos, si bien es verdad que en su mayor parte se hacen lisos. En cuanto á telas, el poplin, el cachemir, el merino azul, habana, gris, ó pensamiento *soutaché*, negro este último, azul el gris.

Siguen despues el paño de París, el terciopelo de lana, liso ó á florecitas, los poplines de Irlanda con motitas bordadas de seda, ó unas lanas con dibujos imitando el *soutaché*. En sederías, el *moiré*, formando rayas anchas de veinte centímetros ó á cuadros, y el raso con anchas grecas ó magníficos lazos de terciopelo, tejidos en la misma tela.

Los adornos, tanto pueden colocarse dando vuelta á la falda, como en forma de delantal, en cuyo caso puede tambien emplearse la blonda, puesta en tres tiras á lo largo del traje. Los cuerpos figurando vesta señorita, ó con dos adornos partiendo del talle sobre las pinzas ó pliegues de delante. Las mangas estrechan cada



vez más, algunas como las llamadas de codo, abiertas hasta cerca de este con un cruzado de trencilla del color del vestido ó negra si es oscuro, sujeta á ambos lados con botones; vuelta en el puño y jokey arriba. El complemento de estos trajes suele ser una rotonda igual, lo que hace elegante y de buen gusto. La voga se fija también en los cinturones largos de glasé negro sujetos por detrás, puestos con preferencia sobre los colores claros.

Las jóvenes llevan mucho paletós cortitos, ya sean flotantes ó algo ajustados al talle. Las mangas de estos guardan casi toda la forma de las de los hombres.

Los abrigos de teatro ó sorties de bal, pueden ser un albornóz, ó un *pardessus Watteau*, que se asemeja un poco á los vestidos de interior. Yo aconsejaria sobre todo, una rotonda con capucha, de *moiré-antique* blanco, bordado al realce de encarnado y oro, ó en *soutaché* azul y negro.

Los sombreros son tan elevados, que dá miedo solo el verlos litografiados sobre el papel. Pueden ser lisos ó plegados como capota, y adornados sobre el fondo, bien sea encima ó al lado. Por dentro con rizados de terciopelo, lazos de encaje, con ramos de flores ó de plumas con profusion, para llenar el admirable hueco que queda entre la cabeza y el final del ala; la parte baja continúa recojida y solamente adornada con blondas lisas rizadas.

Las enaguas de invierno son elegantísimas. Se hacen de *moiré* inglés blanco con encañonados de lana negra por abajo, y anchas tiras de glasé negro entre dos vivos de glasé blanco, bordadas á cadeneta ó en *soutaché* de seda blanca, ó pueden ser de *moiré* inglés negro con bies de cachemir blanco, *soutaché* de negro.

En los vestidos de baile se ponen bullones y volantitos rizados á tenaza en el bajo de la falda, quedando á voluntad el cubrir esta con otra larga, recojida á los lados con flores ó lazos. En cuanto á telas solo pueden usarse el tul, la gasa, el crespon, y la tarlatana blanca, rosa, azul, verde, lisa ó á florecitas, y el tul negro salpicado de estrellas ó motitas de oro ó plata, que es encantador.

Los sombreros de niña conservan la forma marinera ó batelera, pero algo más elevada la copa y más estrechos los bordes; son de terciopelo, castor ó fieltro, con plumas, y las cintas de atrás algo más cortas.

Los paletós flotantes ó ajustados de castor se bordan en *soutaché* de trencilla ó cordon, ó bien con un ancho bies de glasé del mismo color si es claro, negro si es oscuro. Los de terciopelo con tres cordoncillos ó vivos de raso. Concluyamos con algunos ligeros detalles. Los cuellos y mangas marineras se bordan con trencilla negra. Los adornos de sociedad son coro-

nas, dando vuelta á la cabeza, y no por encima como antes; se componen de blonda blanca ó negra con flores y cintas á uno ó ambos lados de la frente. Los peinados dobles *bandeaux*, uno hácia arriba partiendo de los lados, y otro hácia abajo, empezando bastante grueso desde la misma frente y rematando en dos tirabuzones por detrás de la oreja. Otro más sencillo, es un solo *bandeaux* hácia arriba y un caracol de trenza de espiga, sumamente bajo por detrás.

El miriñaque ha disminuido bastante, pero no tanto como lo quiere, llevar la exageracion, quedando en una anchura tan regular que no puede tacharse de ningun estremo.

Nada más por hoy, mis queridas lectoras, sino que en cambio de mis desvelos me consagreis un pequeño recuerdo.

JOAQUINA DE CARNICERO.

#### ESPLICACION DEL FIGURIN.

*Primera figura.*—Vestido de terciopelo, color de cuero, ornado de una banda de raso guarnecida de un rizado de cinta que sube por el costado izquierdo solamente hasta la mitad de la falda, desde donde cae un gran lazo de cinta. Esta banda es de color más claro que el terciopelo. Cuerpo alto formando punta por delante, y casaca-lancero por detrás. Manga semi-ajustada, con vuelta guarnecida como la falda. Cuello y mangas de encaje. Gorra de blonda, adornada de rizados y cintas verdes. Guantes de piel.

*Segunda figura.*—Vestido *moiré* bordado en la misma tela, en la delantera alrededor del escote y en el pecho. Guarnecido con botones y grandes borlas de pasamanería que bajan á lo largo de la falda. Cuerpo alto formando punta por delante, y tres faldoncitos cuadrados por detrás. Estos faldoncitos están bordados enteramente y terminados por unas borlas semejantes á las de la falda. Mangas ajustadas á lo jockey español, adornadas como el resto del vestido. Cuello y mangas de aplicacion. Gorra de blonda con rizados y rosas. Guantes de piel.

#### ADVERTENCIA.

Repartimos á nuestros suscritores, además del figurin, una linda portada para la novela.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1862.—Imprenta de M. de ROJAS  
Pretil de los Consejos, 3, principal.





Compte Calice

Maison de la 5<sup>e</sup> Louis en Ville go. Paris

Carrière 50  
1027

## LES MODES PARISIENNES

Robes de M<sup>me</sup> Blum - Bonnets de M<sup>mes</sup> Mourée - Passementerie  
et Rubans de la Ville de Lyon - Fleurs de M<sup>me</sup> Gilman - Lingerie et  
dentelles de la C<sup>ie</sup> Royale - Corsets de la M<sup>me</sup> Simon - Chaussures de la M<sup>me</sup>  
Souverot - Jupons multiples de M<sup>me</sup> Pauline - Parfumeries et Gants  
de Faguer Saboullée - Envois de la M<sup>me</sup> Lassalle & C<sup>ie</sup>

Ayuntamiento de Madrid  
Avenida del Ferrocarril 20, rue Berger.



